

Prólogo

Estremecidos

Cuando terminas una película, nunca se acuerdan de pedirte un coche. Cuando vas a empezar una película, todo funciona de maravilla —coches, habitaciones de hotel, dietas—, pero una vez que la película acaba todo les importa ya una mierda. Llegué a casa a última hora de la tarde del primer domingo de septiembre. Los ensayos para *Enrique IV* empezaban al día siguiente. Debería decir más bien que llegué a Nueva York. No volví a casa. Me subí a un taxi al salir de la zona de llegadas internacionales del aeropuerto JFK y le dije al tipo que me llevara al Mercury Hotel.

El conductor se quedó mirándome a través del espejo retrovisor.

—¿William Harding? —preguntó con un leve acento indio.

—Ajá —respondí.

—¿Es cierto lo que dicen de usted y su mujer?

Había estado en Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, y todavía no estaba al tanto del revuelo mediático que se había formado en torno al colapso de mi vida.

Para el conductor, mi silencio fue una admisión de culpabilidad.

—La gente de su calaña me pone enfermo —Hablaba al espejo—. Lo tienen todo, pero no les basta... Es usted codicioso, ¿no, amigo? ¿Estoy en lo cierto? ¿Se dejó llevar por la codicia?

Entramos en la autopista.

—Ni siquiera me conoce —dije en voz baja.

—¿Perdone? —gritó.

—Ni siquiera me conoce —repetí alzando la voz.

—Sí que lo conozco. Me gustaban mucho sus películas.

Podía ver cómo sus ojos marrones se apartaban de la carretera para escudriñar mi cara y mi ropa.

—Yo soy un gran cinéfilo. Y pensaba que usted era diferente a todas esas estrellas tan falsas. Me gustó la película futurista... con esa música. Oh... qué buena música. Y la otra en la que salía con la jovencita rusa, una película muy sugerente, sí, pero buena, inteligente. Esa me gustó. La gente como usted está tan malacostumbrada que les cuesta llevar una vida con sentido. Pueden dedicarse a lo que más les gusta, les pagan bien por hacerlo, reciben premios. ¿Cree usted que yo tengo algún premio en casa? ¿Cree que acaso no lo merezco?

—No aparte la vista de la carretera, amigo —dije.

—Acuérdese de esto la próxima vez que se queje —prosiguió el taxista—. ¡*Nadie quiere oírlo!* Tengo un hijo de diecisiete años que no deja de darme la lata en todo el día. Me paso la vida pagando facturas. Tengo dos trabajos y si encima quiere que escuche sus lamentos... se está dirigiendo al taxista equivocado. ¿Me oye? No voy a derramar ni una lágrima por usted, amigo mío.

Rodé mi primera película a los dieciocho y ahora, a los treinta y dos, puedo decir que he sido más o menos famoso durante toda mi vida adulta. Así que llevo lidiando con el hecho de que gente desconocida me reconozca desde hace mucho tiempo. Por lo general, soy experto en ignorarlo. Tengo un formidable poder de negación. Debo tenerlo. Si alguien dijera que dondequiera que va oye a la gente susurrar a su espalda su nombre y detalles sobre su vida y sus exparejas, se pensarían que tiene una esquizofrenia paranoide delirante. Pero esta era mi realidad.

—¿Por qué no se ensalzan la bondad, la honestidad o la esencia? ¿Por qué no? —declaró el taxista—. ¿Por qué no se busca a alguien que no se comporte como un autómatas de plástico vanidoso para figurar en la portada de la revista *People* y vender veinte millones de copias? ¿Y si una persona humilde pudiera tener veinte millones de visitas en Google? ¿Por qué no hay galas de premios con gente adulta que hable sobre ideas de gente adulta, como por

qué nacemos? No toda la culpa es suya —me aseguré—. ¿Si a mí me sacaran en *Entertainment Tonight* sería igual de capullo que usted? Esa es la verdadera cuestión.

—No lo sé —dije.

No quería volver a casa. Si no fuera por mis hijos no habría vuelto a esta ciudad en veinte o treinta años. Regresar a Nueva York era como rodear mi garganta con una soga bien atada.

El conductor me llevó a la calle 32 con la Primera Avenida. Citó el Bhagavad Gita, habló sobre Eli Manning y los New York Giants y me dijo que el sexo no era importante. Había sido fiel durante dieciocho años y su mujer era lesbiana.

Yo no decía nada. Solo lo miraba a los ojos a través del espejo y asentía.

—Si su mujer lo deja, pues muy bien —me sermoneó—. Violó un voto sagrado, el pacto matrimonial, y debe respetar su decisión, amigo mío. Debemos respetar la libertad de cada uno, y todo el mundo está de acuerdo con eso hasta que esa misma libertad nos causa dolor. Entonces, cuando nos hacen daño, nos molesta su libertad y hablamos de lo loca o chiflada que está esa (ex)persona, o decimos que «tiene problemas». No están locas ni tienen problemas, tan solo tienen voluntad propia.

Rio y se detuvo enfrente del Mercury Hotel, un antiguo edificio que ocupaba media manzana, misterioso, gótico, como un lugar en el que uno se vuelve loco y acaba pegándose un tiro, como muchos habían hecho. Había idealizado el hotel desde que era niño; allí habían vivido y trabajado famosos escritores, poetas, músicos y pintores. Construido justo después de la guerra civil, ahora se veía deteriorado y cutre, lleno de turistas de Tokio y Alemania, y se mantenía a flote solo por su reputación.

—Si respeta a su mujer, dejará que siga su propio camino. Ella no es lo más importante en este momento. Usted tiene hijos. Su hijo lo necesita. Su hija lo necesita. Haga el favor de darse una ducha y hacer algo con ese olor. ¡Va vestido como un pordiosero y apesta a meado y a tabaco! ¡Vaya a rehabilitación!

—Deme un respiro, ¿quiere? —sacudí la cabeza—. El vuelo fue muy largo.

Metí el dinero por la ranura blindada.

—Una cosa más —añadió—. ¿Me puedo hacer una foto con usted?

Atravesé las puertas del hotel y me acerqué a la recepción. El vestíbulo estaba revestido de madera oscura de color chocolate. El sitio olía como el musgo suave que cubre un viejo árbol. El techo tenía un mural de querubines que cabalgaban nubes como si fueran caballos. Eran ángeles amistosos, pero no estaba claro si daban la bienvenida a los vivos o a los muertos.

—Guau, pero a quién tenemos aquí... Si es la mismísima Hester Prynne —dijo el propietario, Bart Asher. Todavía, a sus setenta y cuatro años, seguía atendiendo la recepción—. Cuando leí sobre usted en el *Post* y vi lo mucho que la había cagado, me emocioné y me imaginé que lo veríamos por aquí.

—¿Tienen alguna habitación? —pregunté.

—La mejor de Nueva York —dijo con orgullo.

Bart me enseñó la habitación 714, que estaba ligeramente decorada con un conjunto de muebles de salón de la época de Eisenhower. El espacio era oscuro, pero cálido y confortable, con techos altos y grandes molduras de madera gruesa. Una turbia luz amarilla se colaba por las ventanas empañadas.

Tenía cocina, sala de estar y dos habitaciones; una para mí y otra para mis hijos.

—¿Cuánto? —pregunté.

—¿Cuánto va a quedarse?

—¿Qué posibilidades le dio el *Post* a mi matrimonio?

Echó un vistazo a mis maletas y estudió los peluches y los libros africanos para colorear. Alzó la vista con una sonrisa cálida.

—Soy un romántico. Se lo dejo gratis un mes. Hasta que vuelvan juntos.

—¿Qué pasa si no volvemos a estar juntos?

—Tienen que volver —dijo simplemente.